

RELACIONES ARTE Y SOCIEDAD

Visión Antropológica del Mundo del Pacífico

Carlos Aldunate y Manuel Dannemann
Chile

En un concepto antropológico del arte adquiere especial relevancia la integración de manifestaciones artísticas a otros campos de la cultura, porque así es posible apreciar la interrelación de las primeras con las demás conductas humanas, con el propósito de encontrar cuáles son, en cada sociedad, las fuentes de origen del fenómeno estético; lo que permite indagar sobre las similitudes y diferencias que éste posee con otros comportamientos del hombre, llegándose a interpretar y comprender las formas, los contenidos, los estilos, las funciones del arte, porque éste, como comunicación, a la vez que transmite impresiones produciendo un goce estético, proporciona información a quienes están enterados del código del autor, llevándolos hacia elementos de la cultura consciente o inconsciente del artista o de la sociedad.

Nuestra cultura occidental industrial ha relegado el arte a una esfera de especialismo, segregándolo de los modos cotidianos de quienes participan en la sociedad. Esto ha causado una verdadera brecha entre la obra de arte y el público, el que a menudo desconoce su significado pues no está al tanto del código que emplea el autor, y, por consiguiente, es incapaz de descifrarlo.

Por el contrario, en las sociedades denominadas primitivas, el arte forma parte integrante y vital del mundo de las ideas, valores y normas de todos los miembros de la sociedad como tal.



Todos participan activamente como re-creadores y no sólo conocen su significado, sino que necesitan de él como medio de comunicación, que es tanto más importante cuando el grupo humano es iletrado. Por esta razón, el estudio de la conducta artística en esta clase de sociedades resulta sustancial para la Antropología, porque es capaz de transmitir elementos inconscientes de la cultura, muy difíciles de rescatar sin la existencia de signos y símbolos que lo expresen.

La investigación comprensiva del arte en pueblos prehistóricos es limitada, ya que las obras llegadas hasta nosotros pertenecen a pueblos desaparecidos que a veces vivieron a miles de años de distancia y de manera muy diferente a la nuestra. La ayuda de la Etnografía, como disciplina de conocimiento orgánico descriptivo de pueblos actuales, con respecto de sociedades que viven en condiciones semejantes a los grupos estudiados por la Arqueología, ayuda a interpretar o descifrar significaciones que hoy parecerían encontrarse perdidas.

Dentro de este marco, se presenta aquí un esbozo de algunas expresiones artísticas de culturas americanas que habitaron en épocas prehispanicas el litoral del Pacífico. Por lo pronto, debemos considerar irremediablemente desaparecidas las formas de las cuales no quedaron restos materiales de su existencia, como el canto, la danza, etc. De ahí que esta parte de este artículo se centrará en los repertorios culturales plásticos que hoy hemos llegado a conocer, como escultura, modelado, orfebrería, pintura, textilería.

Para la exposición de esta materia se seguirá un orden cronológico comenzando por las primeras manifestaciones que han llegado hasta nosotros de pueblos que habitaron el litoral. Se enfatizará el fuerte influjo de medioambiente sobre la producción artística, tanto respecto del apareamiento de nuevas técnicas -cerámica y textiles- como de la iconografía representada.

Como uno de los universales de la cultura, las primeras manifestaciones del arte en América comenzaron con los incipientes y remotos poblamientos de esta región del mundo. A medida que el desarrollo de la cultura, la organización social y el enriquecimiento anímico fueron progresando, se descubrieron e inventaron nuevas técnicas hasta llegar a complejas y refinadas muestras de cerámica, orfebrería y textilera.

A partir de la cestería más antigua aparecen los primeros textiles indoamericanos, unos 3.000 años A.C., como son los de Huaca Prieta, al sur del Perú, para experimentar luego un paulatino avance de calidad en sus diseños, en sus decoraciones pictóricas, con la contribución de telares de alta tecnología. Así, y principalmente en el litoral indoamericano del Pacífico, se alcanza una excelencia que hace afirmar al arqueólogo Murra que la textilería constituye el arte mayor de América, como puede apreciarse en los motivos de la cultura de Chavín, hacia 500 años A.C. y, en su mayor grado en la cultura de Paracas, entre los 300 y 500 años D.C.

La funcionalidad de la vestimenta es también muy ostensible y representativa. Es sorprendente, por ejemplo, la gran variedad de gorros en relación con los usos que a sus distintos tipos se les daba para diferenciar grupos étnicos, como ofrendas a las divinidades y a la muerte, destinados a tributos o al mero abastecimiento. Así, la dedicación a estas formas de textilería impuso el trabajo de tejedores de tiempo completo, que sabían muy bien lograr una gama de clases de tejidos, desde la más fina hasta la más vulgar.

Las investigaciones arqueológicas consideran que la cerámica habría existido en América indígena unos 3.000 años A.C. Las primeras evidencias proceden de la localidad de Valdivia, en la costa del Ecuador, y de Puerto Hormiga, en el litoral colombiano. Algunas de sus figurillas han reforzado la hipótesis de las relaciones transpacíficas de la arqueóloga norteamericana Betty Meggers, quien es una de las sostenedoras neo-difusionistas del tránsito cultural desde las costas asiáticas hasta el litoral del Pacífico.

La cerámica adquiere un extraordinario desarrollo, como puede observarse entre muchas otras ejemplificaciones en la cultura Chimú, el primer milenio D. C., produciéndose una tendencia a la monocromía en la costa norte del Pacífico y una inclinación marcada por la policromía en la costa sur del mismo océano. También cabe destacar la técnica del uso de moldes para la obtención de las piezas de greda las cuales, construídas o no de esa manera, retratan admirablemente muchos aspectos de la vida real, que nos permiten acercarnos a la comprensión de los pueblos prehispánicos, como sucede con la representación plástica de tipos humanos, de clases sociales, de enfermedades, de panteones de dioses y de diversos seres sobrenaturales.

La metalurgia, como expresión avanzada en la cronología de las culturas indoamericanas nos enseña la utilización de técnicas de fundido y de recursos de moldes, lo que encontramos en la calidad de la citada cultura Chimú. Pero también los metales, así como las piedras, se relacionaron con concepciones cosmológicas, algunas de las que asignaban a los gobernantes de origen y condición divina la propiedad de ellos. Recuérdese que el rey inca era especialmente el dueño del oro, y que el templo del sol en el Cuzco, según el cronista Garcilaso de la Vega, habría estado cubierto de planchas de oro.

Para finalizar esta esquemática síntesis parcial de algunas expresiones del arte indoamericano, debe tenerse muy presente que el océano fue un estímulo fundamental para esta área de la cultura. Proporcionó abundancia de alimentos, vías de exploración, riquezas y poder, y permitió entregar gran cantidad de tiempo y de trabajo a la belleza del arte.

Si pasamos a considerar las relaciones de la vivienda con el medio marítimo, en esta somera visión antropológica del mundo del Pacífico, es oportuno tener presente que, debido a su capacidad cultural, el hombre es capaz de transformar las condiciones naturales que determinan las posibilidades de vida de las distintas especies, entre las cuales él mismo se halla. De este modo se explica que los seres humanos habiten casi todos los espacios de su planeta.

Sin perjuicio de lo señalado es indudable que hay, en mayor o menor medida, un condicionamiento impuesto por el medio ambiente sobre el hombre, como sucede con el clima al cual debe enfrentarse, las relaciones con la fauna y con la flora, los medios materiales de que puede disponer para construir sus viviendas. Los logros de la tecnología avanzada en nuestra era industrial han atenuado ostensiblemente dicho condicionamiento, pero éste se manifiesta aún con notables evidencias en pueblos de escaso desarrollo tecnológico, lo que es factible de observar en los

grupos de ancestro indígena de diversas regiones de Iberoamérica.

En el caso del poblamiento de América del sur han ejercido un descollante influjo la corriente de Humboldt, el desierto costero, las lluvias estivales en tierras altas, los cursos permanentes de algunos ríos, la fertilidad de los valles, la vegetación de lomas, los recursos marinos.

Cabe añadir que el medio ambiente marítimo en Sudamérica se caracteriza por presentar básicamente cuatro grandes zonas: al sur, una costa desmembrada, donde el clima, con la abundancia de precipitaciones, ha producido el predominio de una tupida vegetación que llega hasta el mar. Más al norte del paralelo 39, en la segunda zona, se observa un cambio de peculiaridades en el suelo y en la flora, el que entrega elementos más gratos para la vida humana. La tercera ecozona del litoral es muy extensa, llega hasta Tumbes y se distingue por su gran aridez, con nichos habitables constituidos por la desembocadura de cursos permanentes de agua. Por último, en el extremo septentrional de la costa centro y sur americana los terrenos que se vuelcan al Pacífico tienen cualidades tropicales, de acuerdo con los efectos climáticos imperantes en el ámbito ecuatorial.

En relación con este medio biogeográfico hay que entender el poblamiento de esta región americana, para lo cual es útil emplear un criterio cronológico, recordando la iniciación de los asentamientos humanos de cazadores de grandes mamíferos, para proseguir con el hombre de etapas posteriores, que en la costa americana muestra decididos hábitos de recolección de productos marinos y también de vegetales, hasta llegar a la construcción de aldeas estables gracias a la combinación de recursos, lo que culminará con la formación de las grandes civilizaciones andinas, impulsadas por los dones de la agricultura y de la ganadería, y más tarde, la minería. En esta fase de refinamiento y elevada técnica pudieron levantarse los centros ceremoniales de gran envergadura, diferenciándose de los núcleos habitacionales.

Este esquema será principalmente ejemplificado a través de lo ocurrido en el proceso del uso del espacio con propósitos constructivos en la zona de la costa árida andina, ya que ésta ofrece la mayor representatividad en la diversificación de asentamientos humanos.

En Chile los 10.000 años de registro arqueológico del que hasta ahora se dispone, demuestran un desenvolvimiento muy gradual y creciente, con la ya señalada y genérica obtención de técnicas y con una adaptación al medio cada vez más satisfactoria.

Si volvemos a la proposición de las etapas aludidas, será necesario repetir que en la nomenclatura de las investigaciones de poblamiento americano se habla comúnmente de paleoindio, tiempo que abarca hasta unos 10.000 a 11.000 años antes del presente. En él se destacan los cazadores de grandes presas ya extinguidas, como el mastodonte, pero no existe aún, en esta etapa inicial, una franca adaptación al mar, aunque el hombre de ese entonces transite por sus orillas.

Una segunda etapa, durante la cual empieza marcadamente la pesca marítima, amplía las posibilidades del paleoindio. Su avance temporal, junto con el técnico, con la profundización de la actitud anímica del hombre frente al mar lleva a una fuerte explotación de las riquezas marinas, como se comprueba, arqueológicamente, en la costa de Huentelauquén, IV región de Chile, comparable culturalmente con expresiones humanas del litoral de California. Así surgen las técnicas del uso de la red y de pesas, así como la de recolección de orilla.

Más tarde vendrán especializaciones en la faena de la pesca, y al respecto hay que considerar la importancia del empleo del anzuelo, a partir de unos 7.000 años antes del presente, primero hecho de concha y de espinas de cacto, hasta alcanzar su período de cobre. También las investigaciones arqueológicas han recogido evidencias de hábitos de natación y de pesca en profundidades marinas todo lo cual, más otros factores favorables contribuye a enriquecer la dieta alimenticia, con el consiguiente aumento de la población. De ahí la organización de las primeras aldeas de la costa, con sus viviendas que tendían a ser permanentes, unos 7.000 años atrás en el Perú y unos 5.000 años atrás en Chile.

Podría afirmarse que en ese entonces el hombre dependía muy poderosamente del mar.





La conquista del océano propiamente dicha, unos 2.000 años antes del presente está indicada, gracias a la Arqueología, por las miniaturas de embarcaciones, por un mayor tamaño de moluscos y de peces de mar abierto, entre estos últimos, el atún, y por las representaciones plásticas de cetáceos halladas en varios sitios cercanos al mar.

Esta etapa coincide con la expansión agrícola, lográndose proseguir con una población cada vez más numerosa, y cambiándose, en gran medida, el patrón de asentamiento, lo que hace desplazarse al hombre del litoral al interior del valle. Se construyen ciudades y grandes centros ceremoniales, palacios, fortalezas, que son índices de la complejidad social y del advenimiento del Estado, manteniéndose la fuerte importancia del mar y las poblaciones marítimas

La Etnohistoria nos habla de una asombrosa actividad oceánica: en la costa sur del Perú, la sociedad chíncha habría tenido 100.000 balsas y 10.000 pescadores de tiempo completo.

Desde el fortalecimiento del imperio inca en adelante decrece la importancia del mar, lo que se refleja en la arquitectura de las urbes y de los centros defensivos desde Ecuador hasta Chile.

En el campo de las relaciones del arte y de la sociedad en el espacio del Océano Pacífico la presencia y función de los seres míticos nos dan grandes posibilidades para conocer el significado de nuestra cultura.

Los arqueólogos chilenos José Berenguer y José Luis Martínez, en un excelente artículo recientemente publicado se refieren al arte rupestre de la localidad de Taira, situada en el tramo intermedio del brazo cordillerano del río Loa, Calama, II Región. Informan que "se trata de un arte típicamente naturalista, en el que el camélido ha sido representado mucho

más a menudo que los seres humanos y que cualquier otro animal". Su valioso aporte consiste en demostrar cómo "un mito puede ayudarnos entender este sitio y sus repercusiones". Los autores creen que el relato mítico que ellos transcriben les permitiría entender de un modo más completo y acertado las figuras de las llamas y su contexto cultural que aparecen en Taira. Para este fin recurren a la versión del texto del mito de Yakana, de G.L. Urioste, proveniente de un manuscrito quechua, recogido en Huarochiri, "bajo el epígrafe siguiente". "Como la llamada Yakana baja desde el firmamento superior para tomar agua. Hablaremos también acerca de las demás estrellas incluyendo sus nombres".

"Dicen que la que hemos llamado Yakana es la creatriz de las llamas y que se mueve en medio del cielo. También nosotros los humanos la hemos visto venir como algo negro. La susodicha Yakana tiene su órbita dentro de la Vía Láctea. Es muy grande y se mueve por el cielo, apareciendo como un lugar oscuro, con dos ojos y con cuello muy largo. A ésta la gente la llama Yakana".

"La Yakana solía tomar agua de los manantiales y si el destino de alguno era la fortuna, ella caía sobre él. Esta persona era oprimida por su gran cantidad de lana, mientras algún otro arrancaba la lana de la Yakana".

"Esta aparición ocurría de noche. Y así, al día siguiente, cuando amanecía, el hombre descubriría la lana que había arrancado. Descubría que la lana era azul, blanca, negra y jaspeada, lana de todos los colores, toda bien abatanada. Ya que no tenía llamas, iba a negociar la lana de inmediato y adoraba a la Yakana en el lugar donde la había visto, donde había arrancado la lana. Después de adorarla, se compraba una llama hembra y un macho. Gracias a esta transacción, llegaba a tener dos o tres mil llamas. Respecto a lo que acabamos de contar se dice que, en tiempos antiguos, la Yakana se apareció de modo semejante a mucha gente en toda esta provincia".

"Y cuentan que la Yakana, a medianoche y sin que lo sepa nadie, se toma el agua del mar. Si no se la tomara, el mar podría cubrir todo el mundo en un instante".

"Hay un lugar negro que se mueve en frente de la susodicha Yakana. A éste le llaman Perdiz. Se dice también que la Yakana tiene un hijo y parece como si estuviese dando el pecho al niño". (Urioste, 1983: 217 y 219).

Los autores proponen que "Fue precisamente la gran similitud entre la representación en Taira de los camélidos que amamantan ... y esta descripción

de Yakana con su hijo, la que nos sugirió por primera vez una posible homología”

Añaden que lo formal sería secundario en la relación del mito y del arte rupestre, y piensan que lo significativo, de acuerdo con la nomenclatura quechua de la Yakana, consistiría, en el caso de la expresión plástica estudiada, en la materialización de creencias concernientes “a la creación y conservación del ganado”, apoyándose en los elementos proporcionados por este hermoso y complejo mito.

Este ejemplo nos proporciona factores para considerar la importancia de la función mítica. Pero, al respecto, es necesario tener muy presente la diferencia entre los seres míticos propiamente tales con su suerte de autonomía, y las narraciones que los incluyen, las cuales son las formas de transmitir la existencia, las facultades y los efectos de la vida mítica, elaborada por el hombre para su bien y para su desgracia, y que, con frecuencia, pareciera mostrarnos una insubordinación de los seres míticos frente a sus creadores, o bien la llegada de dichos seres míticos entre los humanos por imposición divina.

La atracción del mar, con sus misterios y sus poderes, en toda la historia de la humanidad han sido un acicate para la creación de esta clase de seres, los cuales constituirían instrumentos que el hombre trata de utilizar con el fin de disminuir las incógnitas marítimas y dar impulsos a su creatividad artística; aunque a veces, como ya se insinuara, éstos seres se convierten en dominadores de los humanos, los atemorizan y los gobiernan. Se produce, por lo tanto, un encadenamiento de tensiones y de distensiones en el interaccionar de las sociedades con los seres míticos que han hecho suyos, y que, como es en cierto modo obvio, se cubren de peculiaridades especiales en el espacio oceánico.

Mito y folklore son términos que contienen conceptos de mucha vinculación entre sí, que se complementan con las nociones de folklore marítimo, de seres míticos oceánicos, de seres míticos folklóricos marítimos, de comunidades folklóricas, de proyecciones estéticas míticas, entre otras. Y, al respecto, téngase muy presente que la denominada cultura folklórica como una instancia o versión de la cultura general, es la que da más carácter comunitario, cohesionante e identificador, a los mitos que pertenecen a ella, a los que, en consecuencia, se han incorporado a un sistema de tradiciones culturales, después de procesos de re-elaboración, de selección y que comparten la vida cotidiana de los miembros de un grupo, como ocurre con el trauco de Chiloé, X Región de Chile en los microsistemas que acogen y mantienen este caprichoso y pequeño ser mítico antropomórfico,

como un elemento de regulación y de control sociales.

En la cultura pascuense, una de las clases de seres sobrenaturales más representativa y tal vez hasta hoy con alguna vigencia, está expresada por los Aku-aku, que, según el etnólogo Métraux, posee un rango concerniente a dioses o divinidades menores, en relación con el de Make-make, Tangaroa, Haua y otros, que serían los dioses mayores de los primitivos habitantes de Isla de Pascua. Al respecto, Ramón Campbell afirma que “es notoria la falta en la actualidad de una verdadera religión autóctona”. Y más adelante añade: “De toda esta fuga de dioses tal vez lo único que se ha librado son los Aku-aku”. Completamente lo dicho indicando que “El golpe de gracia para los demonios llegó con la luz, especialmente con la luz eléctrica, con lo cual los espíritus se ausentaron definitivamente”

“Sin embargo, persiste en las creencias populares la superstición de los Aku-aku. Es así como en épocas relativamente recientes, se acostumbraba mantener en las casas, durante las noches, alguna luz encendida. Hemos señalado que en la actualidad existe la luz eléctrica mantenida durante doce horas cada día, desde las doce del meridiano hasta las doce de la noche. Fuera de estas horas acostumbran los pascuenses, cuando están solos, mantener encendida una vela. En el hospital, cuando había un enfermo alojado, había que aceptar esta costumbre. Cuando yo a veces les manifestaba la necesidad de apagarla por el peligro de que la vieja construcción de madera pudiera arder en pocos momentos al acabarse la vela, me decían que no podían resistir la vigilia a oscuras ante el temor de los Aku-aku que vendrían a asomarse por las ventanas para asustarles por la noche”



En resumen, para Campbell "son, pues, generalmente, espíritus regionales que aparecen frecuentemente de noche, en las encrucijadas de los valles o de los caminos. El término espíritu (barua) con que se les designa en los cantos corresponde al de apariciones que toman muchas veces forma humana, pero que también suelen adoptar apariencias de animales y de objetos. No siempre son espíritus terroríficos. A veces son jocosos o de gracejo que hacen reír. En otras son amenazadores y violentos. Pero la característica más resaltante de las costumbres de estos espíritus es la de ser ladrones de comida"

Si examinamos con detenimiento la terminología usada en los breves trozos aquí reproducidos, podremos elaborar una nómina que temáticamente incluye a dioses, divinidades, religión autóctona, demonios, espíritus, espíritus jocosos, o religiosos, o terroríficos; creencias populares, superstición, creencias pascuenses. Esto es, una nomenclatura profusa y heterogénea, que encierra no pocos problemas conceptuales, empleada con el mejor ánimo descriptivo.

No obstante, de este hecho es dable inferir la necesidad de actuar hoy con precisión y rigor a través de una búsqueda efectuada con la recíproca auxiliandad de distintas ciencias humanas, como la Etnografía, la Etnología, la Etnohistoria, la Arqueología, la Lingüística, si pretendemos encontrar hipótesis válidas para la comprensión de los fenómenos míticos. Piénsese, solamente, que los llamados mitos clásicos grecorromanos, fueron conocidos y venerados por los griegos y los romanos como verdaderos dioses, no como seres fabulosos, dioses a los cuales se les rendía culto, se les construía templos y se los reverenciaba de acuerdo con una compleja organización social. En cambio, a partir del Renacimiento se utilizaron con afeanes más artísticos que científicos y sagrados. De ahí que aquellos a los cuales hoy calificamos como seres míticos, como también ha sucedido en este artículo, fueron efectivamente divinidades en el más profundo sentido de este término, y para contribuir a entender la cultura de los pueblos que los pusieron en esa jerarquía y así creyeron en ellos, es inaceptable despojarlos de su calidad divina, la cual también debe estudiarse en su continuidad o en su transformación de orden mítico.

Lo mismo vale para el quetzalcóatl de los aztecas o Kukulcán para los mayas, la simbólica serpiente emplumada, al igual que para el presunto y hermoso mito de la serpiente con el cuerpo lleno de peces. Y también podría aplicarse a la Mama-Huaca, según Carvalho Neto en su obra titulada *Antología del Folklore Ecuatoriano II*, "una vieja que vive en las cuevas de los más altos cerros. Es poseedora de



tesoros, especialmente de mazorcas de oro, las que entrega a cambio de que le den guagas aucas (sin bautizar)", lo que mueve a pensar en un revanchismo ideológico campesino-indígena de nuestros días.

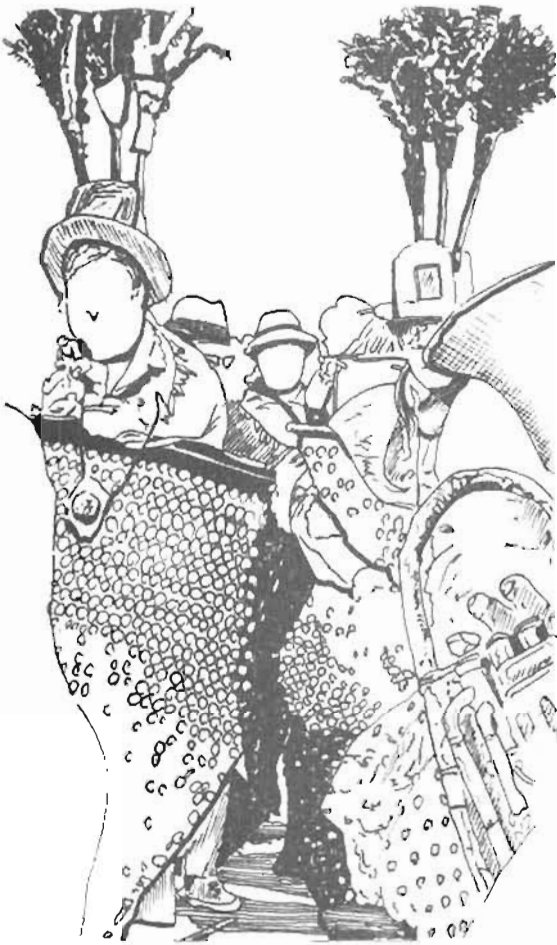
Así planteados algunos esbozos de las relaciones del arte y de la sociedad, en una visión antropológica del mundo del Pacífico, se descubren conceptos y métodos para una investigación diacrónica de nuestra cultura oceánica.

Los estudios antropológicos en general y los etnomusicológicos en particular, han comprobado la enorme importancia que tienen las diversas expresiones de la comunicación musical para la interpretación que el hombre hace de sí mismo y de su medio, con énfasis en la significación simbólica de esta parte de la cultura.

Es ostensible la variedad de los eventos culturales que requieren de prácticas musicales, así como la complejidad polifuncional de éstas, desde los cantos colectivos de trabajo y los toques instrumentales de propósitos lúdicos y amatorios, hasta las danzas de ceremoniales de pasaje, entre otras muchas posibilidades de la música culturalmente entendida.

La persistencia de los códigos musicales ayuda a estudiar sucesiones de períodos de la vida humana en todas las regiones de la tierra, y es sorprendente encontrar ahora en países iberoamericanos del Pacífico la continuidad re-creada de manifestaciones musicales prehispánicas.

La gran dimensión del llamado mundo de la música, nombre que posee también la revista internacional más destacada en la materia de la cultura musical, entrega ideas, procedimientos, claves, para examinar, libre de etnocentrismos falaces, la noción de arte, de técnica, de humanismo, de visión del mundo, de sociedad.



Los pueblos de cultura oceánica del Pacífico despliegan una riquísima gama musical indígena y mestiza, que, inevitablemente, necesita ser relacionada con una presencia de música foránea de distintos géneros, y con la creación musical de los compositores de dichos pueblos, muchos de ellos re-elaboradores de formas y estilos aborígenes o de un folklore mestizo hispanoamericano.

No es aventurado, entonces, aseverar que un panorama sucinto pero representativo de la música de los países iberoamericanos marítimos, resulta muy valioso para evaluar los desafíos del Pacífico de ayer y de siempre.

Entre otras funciones de la música y la danza, cabe mencionar las mágicas, las laborales, las terapéuticas, las competitivas, las rituales.

En el caso de las primeras, podemos referirnos a los cantos de los ceremoniales de ancestro aborígen atacameño, denominados *cauzúlor* y *talátur*, destinados a pedir abundancia de agua y fertilidad de la tierra, que aún se practican en pequeñas aldeas de la zona de Calama, II Región de Chile. Estos cantos oracionales conservan su sistema musical trifónico prehispánico y versiones de textos en la antigua lengua cunza, hoy sólo de uso ritual. Sus ejecuciones, sujetas a una normativa de desarrollo en un tiempo y en un espacio sacrales, producen instancias de excepcional significación para acrecentar la identidad y la unidad de los descendientes de indígenas americanos que, con el empleo de estos cánticos, una vez al año reviven su más auténtica tradición.

En el caso de cantos laborales, y asimismo en lo que concierne a Chile, en la actualidad únicamente en algunas localidades isleñas de Chiloé, perduran las breves e incisivas salomas, de escaso ámbito melódico vocal, a veces con tendencia al recitativo, principalmente para azuzar los bueyes al término de la jornada de trabajo, y cuyos antecedentes históricos se remontarían a estímulos cantados de remeros fenicios, aunque, como es obvio, de distinta forma.

En cuanto a la música chamánica indoamericana, puede recordarse la cultivada por los brujos shuar del Ecuador, mediante un arco de madera y cuerda de fibra de agave, sujeto transversalmente como una flauta, con un extremo del arco en la boca y de débilísimo sonido. Muy diferente a ella es la mágica terapéutica de los chamanes mapuches chilenos, o *machis*, ahora en su gran mayoría mujeres, quienes premunidos de un tambor con cuerpo semi-esférico y de un solo parche con motivos simbólicos pintados sobre él, rítmicamente complementado por pulseras de cascabeles metálicos, cantan y danzan predominantemente para ahuyentar enfermedades anímicas y corporales.

La función de competencia tiene su manifestación más extendida y vigorosa, en el plano poético musical, por medio de las controversias juglarescas que se practican en países de la costa del Pacífico, como México, Panamá, Colombia, Ecuador, Chile, y que también hallamos en Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Venezuela, Brasil, Uruguay, Argentina, en algunos de ellos con claros influjos aborígenes.

Esta poesía cantada, con acompañamiento instrumental, de penetrantes efectos sociales por su carácter y modos de comunicación, tiene una amplísima temática común a las naciones señaladas y constituye una rotunda evidencia de una tradición americana virtualmente unificadora, en la cual la educación sistemática puede encontrar muchos recursos eficaces de acercamiento de los pueblos iberoamericanos.

Las danzas aborígenes rituales de Mesoamérica y de los Andes Centrales, las segundas propagadas hasta el norte de Chile, alientan hasta el presente el espíritu de las culturas prehispánicas. Varias de ellas forman parte de organizaciones sociales, como es el caso de las festividades, cuyo estudio etnohistórico es muy propicio para tender puentes entre distintas etapas de la vida del hombre en América.

Las investigaciones etnomusicológicas especializadas que se han efectuado sobre esta materia, y las que están en desarrollo o se prevén a corto plazo, tienden a finalidades de índole comparativa en el tiempo y en el espacio, las cuales necesitan fortalecerse para avanzar en una visión orgánica de nuestra cultura expresada por comportamientos musicales.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

BERENGUER, JOSE Y MARTINEZ JOSE LUIS.

El río Loa, el de Taira y el mito de Yakana, Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino, No. 1, 1986, pp. 79 - 99. (P. 81, p. 84, p. 88, p. 91, p. 95).

CAMPBELLE, RAMON.

La herencia musical de Rapanui, Ed. "Andrés Bello", Stgo 1971

CARVALHO - NETO, PAULO.

Antología del Folklore Ecuatoriano II, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca, Ecuador, 1970. (pp. 115 - 120).

DE LA VEGA, GARCILASO, INCA.

Obras completas, Ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, 1960.

METRAUX, ALFREDO.

Etnology of Easter Island, Bernice P. Bishop Museum Honolulu, 1940.

MOSTNY, GRETE.

Prehistoria de Chile, Ed. Universitaria, Stgo., 1971.

MURIEL, INES.

Contribución a la cultura musical de los jívaros del Ecuador, Folklore Americano, No. 21, 1976, pp. 141 151

SILVA, OSVALDO.

Prehistoria de América, Ed. Universitaria, Stgo.,

URIOSTE, G.L.

Hijos de Pariya Qaqa: la tradición oral de Waru Chiri, Syracuse University of New York, 1983

